

# BIDASOA, EL EMBRUJO DE UN RÍO QUE HIZO ESCUELA

**Pello FERNÁNDEZ OYAREGUI**  
 pellofernandezoyaregui@gmail.com

## INTRODUCCIÓN

Este artículo, quiere ser un viaje iniciático de evocaciones literarias y sobre todo artísticas, que nos trasladan a un lugar paradisiaco, emocional, melancólico, de luz tamizada, de humedad presencial, en definitiva a este río Bidasoa que a lo largo de su majestuoso curso hará del paisaje expresión del alma, magistralmente plasmada en la escuela pictórica que toma su nombre. Así pues, a través de un impresionismo literario y pictórico, nos transportamos a un *locus* referencial, donde el Bidasoa, además de ser río se torna en una expresión

de una naturaleza que va más allá de lo físico para convertirse en experiencia y ensoñación espiritual.

Muchos han sido los literatos y pensadores que se han sentido arrebatados por la belleza de este curso fluvial: Estrabón, Ptolomeo, Plinio, Loti, Urabayen, Pío Baroja, la poetisa María Juncal Labandibar, Juaristi, Abbadie, Artetxe, Luis de Iranzu, Unamuno, etc. Fue éste, quién en su destierro entre Hendaya y Biriattou en 1927, en su obra *Romancero*, traza con gran lirismo la personalidad del río, haciendo una evocación esencial del mismo.



Javier Ciga. Paisaje de Baztan.  
 Giltxaurdi. Óleo sobre lienzo. 1922.



José Sallís, Caserío, Óleo sobre lienzo. 1905.

Pierre Loti, viajero impenitente y escrutador de los lugares más exóticos de los distintos continentes, se sintió embrujado por este maravilloso lugar, aprehendido por ese síndrome de la belleza al igual que Sthendal. Todo ello lo plasmó en su obra *Ramuntcho*, donde el autor que era un romántico tardío expresa su angustia y melancolía a través del paisaje vasco y del amor frustrado de sus protagonistas, donde la naturaleza y este idílico paisaje del Bidasoa es expresión viva de ese impresionismo literario que se convertirá en pictórico. Su residencia la fijó en Bakar-Etxea de Hendaia para contemplar extasiado esas marismas donde muere el propio río y donde el mismo murió en 1923.

El río, por encima de las distintas realidades administrativas y políticas (municipios, provincias, comunidades, departamentos y estados), es un nexo de unión de una realidad muy compleja que trasciende lo físico, que forja un carácter, impregnado de una cultura, historia y lengua, que conforma lo que los nativos llamamos el País del Bidasoa, en feliz invención de don Pío Baroja.

Este río físicamente pequeño y corto (apenas tiene 70 km.), se hace grande en el terreno artístico e histórico, no olvidemos que su desembocadura en la Isla de los Faisanes sirvió de marco para la firma de acuerdos internacionales de paz, y bodas reales (*Tratado de los Pirineos* en 1659 y pacto de boda de Luis XIV - Rey Sol -, con María Teresa de Austria, hija de Felipe IV en 1660, evento organizado por Velázquez como enviado real). El río nace en las faldas del monte Auza (Erratzu) en Baztan, donde toma su nombre a lo largo del recorrido por este valle. Su origen se nos presenta muy laberíntico por la gran cantidad de regatas que confluyen, Elgaitza, Pagazaldei, Dorrain, Buztanzelai, Astate y las más importantes de Iñarbegi y Aranea que conflui-

rán en ese lugar paradisíaco poblado por las lamias que es Xorroxin. En su trazo sinuoso nos deja lugares de incomparable belleza, Txokoto en Elizondo, Bertiz, Reparazea, el serpenteo en Bortziri y su espectacular desembocadura en las marismas de la bahía de Txingudi. Es así, que este río a lo largo de más de un siglo ha conculcado el embrujo de artistas foráneos y nativos, que han dado lugar a un importante foco de creación artística, que conocemos con el nombre genérico de Escuela del Bidasoa.

Fue Virgilio, en el siglo I a. C., en sus obras: *Geórgicas* y *Bucólicas*, donde nos describe esa Arcadia o paraíso natural, en el que la naturaleza es la máxima expresión de lo perfecto y reflejo de esa idea platónica del Bien y de la Belleza, que bien podríamos trasplantar a esta comarca del Bidasoa. Los grandes maestros de la primera mitad del siglo XX, la pintaron cuando aún estaba intacta y nuestros pintores actuales se afanan por buscar esos *txokos*, aún inalterados por este falso progreso que todo lo va arrasando.



Patxiko Etxenike. Paisaje de Baztan. Óleo sobre lienzo. c. 1930-1940



## ANÁLISIS ARTÍSTICO

El siglo XIX, se considera como punto de partida del plenairismo o pintura realizada directamente del natural, que surge como reacción a un academicismo cada vez más caduco y manido. Es la fuerza arrebatadora de la naturaleza, la que inspirará la obra en el momento, idea esta, que los impresionistas llevarán a sus últimas consecuencias. Se suele establecer como punto de partida la Escuela de Barbizon (1830-1870), que huye del asfalto parisino, para refugiarse en los frondosos bosques de Fontainebleau. Pero el verdadero precursor de esta práctica fue el injustamente olvidado Pierre Henri de Valenciennes, que en la temprana fecha de 1800, escribe una obra teórica sobre el paisaje y da consejos prácticos para que los estudios del natural no sobrepasaran las dos horas y en el caso de la salida o puesta del sol, media hora como máximo. Todo esto, lo podemos considerar como un manual de buenas prácticas, que adquirirán carta de naturaleza con el Impresionismo y su captación de lo efímero, de la instantaneidad y de la transformación de las formas por la incidencia de la luz, con su efecto de mutabilidad constante a lo largo del día. Estas esencias pictóricas



Juan Larramendi, *Paisaje del Bidasoa*.  
Óleo sobre lienzo. c. 1980-2000

aplicadas a un lugar concreto, en este caso al Bidasoa con sus especificidades, serán los rasgos definidores de esta Escuela. Este método de trabajo, se extendió por otros lugares del estado y del mundo, repartidos en escuelas o colonias de artistas, que con ferviente entusiasmo y evidente maestría se entregaron a esta práctica pictórica.

La Escuela del Bidasoa, plantea problemas en cuanto a su definición, cronología, perdurabilidad en el tiempo, multiplicidad de focos, lenguajes plásticos, estilos, artistas etc. Por encima de todo ello, desde mi punto de vista, tiene sentido hablar de esta "Escuela" pictórica, centrada en un género que es el paisaje, verdadero eje articulador de una realidad artística cambiante a lo largo de los años y centrada en un espacio - *locus* o *lurra*-, que se corresponde con la cuenca fluvial del río, pero que va más allá de lo físico para convertirse en una realidad trascendente. En el caso de algunos pintores, no sólo se ciñeron a este género, sino que ahondaron en la figura humana como máxima expresión de la naturaleza y otras temáticas.



Gaspar Montes Iturrioz *Regata de Irún*. Óleo sobre tabla. c. 1970-1990.





Mentxu Gal, Nocturno en el Bidasoa. Óleo sobre lienzo. 1990.

No es el objeto de este escrito, el dar una lista de artistas, que a lo largo de más de un siglo han sido, ni siquiera entrar en categorizaciones, o analizar los distintos focos. Se trata más bien de reflexionar y analizar este fenómeno artístico de manera colectiva y en su conjunto. Por encima de clasificaciones y prerrequisitos para la formación de este grupo, es el paisaje entendido como una vivencia intimista, una experiencia emocional, el verdadero elemento definidor de esta Escuela. No se trata de un mero soporte referencial, sino un campo de experimentación donde el espíritu de los artistas vuela libre y que el romántico H.F. Amiel, lo plasmó con gran acierto en su célebre frase: "El paisaje es un estado del alma".

Es así, que este género destila lirismo y emotividad. Sus montañas sinuosas nos retrotraen al seno materno donde la dulzura y suavidad de las formas, conforman un paisaje impregnado de ese bucolismo esencial que lo define. Esta exuberancia natural plasmada en las praderas, frondosas forestas y follajes con la infinidad de verdes multitonales, son el elemento definidor de este paisaje. Si bien, es en el otoño, cuando la naturaleza le dota de una explosión cromática donde se suceden los rojos, anaranjados, morados, amarillos, ocre, marrones, malvas y toda la gama de colores intermedios haciendo de nuestra zona, una sinfonía de colores que rompen con ese tópico de pintura monocroma y de tintes apagados, para convertirse en una amalgama cromática que a veces podríamos tildarla de rabiosa. A esto hay que añadir otro elemento como es la humedad, bien en forma de pertinaz, fina e incesante llovizna, o esa niebla que cala, o esos *lainos* tan

nuestros, que desdibujan y difuminan las formas, a modo de natural *sfumato* leonardesco. Por último, la luz tamizada tan alejada del luminismo sorollesco, es envolvente y sugestiva, transformando y singularizando este paisaje que a veces adquiere un tinte melancólico pero siempre sugerente. El curso majestuoso del río, auténtico protagonista, adquiere una cadencia cuasi musical con su sempiterno fluir, al cual se le van añadiendo regatas y cascadas describiendo así, un discurrir de inigualable belleza y elegancia.

Al igual que lo hicieron los impresionistas con el Sena, nuestros

artistas considerarán su río, el Bidasoa, como su laboratorio de experimentación, para plasmar el efecto de las variaciones atmosféricas en los reflejos del agua en constante movimiento, creando una nebulosa borrosa donde agua, cielo y atmósfera se confunden en una bruma y una luz transfiguradora de los objetos. La fugacidad y lo efímero de este elemento caracterizado por su constante fluir, tendrán fiel expresión y reflejo en sus cristalinas aguas, magistralmente pintadas, en las distintas obras.



José Mari Apezetxea, Basoa. Óleo sobre tabla. c. 2000-2010



Ana Mari Marín, Azpilkueta.  
Óleo sobre tabla. 2011.

la forma. Todo ello, entroncado con una utilización subjetiva y lírica del color, que hará que en otras ocasiones, se derive hacia postulados más fauvistas, con una pintura matérica y gestual que a veces se torna en particular grafía pictórica de trazo ondulante y curvilíneo.

En la actualidad, la evolución hacia la abstracción es cada vez más poderosa, pero sin olvidar la base figurativa. De tal suerte, que estos dos grandes lenguajes pictóricos no entran en contradicción ni exclusión sino que se superponen y conviven, haciendo una vez más que esta Escuela del Bidasoa tenga algo especial.

Para finalizar, abordaremos la interesante evolución estilística de esta Escuela en su dilatada permanencia en el tiempo. Durante la primera mitad del siglo XX, se mantuvo absolutamente fiel al natural, pero siempre entendido, no como copia mimética sino como reinterpretación personal. Ejemplo de ello, son los deliciosos paisajes donde el caserío, el prado y la meta eran fiel expresión de ese bucolismo y de esa suavidad y dulzura propias de esta zona. A partir de la segunda mitad del siglo XX, se inicia un proceso de renovación que dura hasta nuestros días y hace que el presente sea particularmente interesante y con proyección de futuro. Fueron los grandes pintores, Regoyos, Vázquez Díaz y Benjamín Palencia, quienes con su relación especial con la zona, introducirán nuevos aires renovadores. Ligados a ellos, se sucederán los modos y maneras impresionistas y postimpresionistas, constructivistas y fauvistas. De tal manera, que todo ello se irá amalgamando, incorporando y haciendo suyo, sin provocar disonancias. Las manchas de color y su aplicación con pincelada suelta y libre, conviven y dan paso a una geometría constructivista que tiene como principal protagonista al caserío, que ahora es un constructo a base de planos. Existe una simplificación de los elementos pictóricos, haciendo una síntesis de la estética poscezaniiana y cubista con un geometrismo que define los planos generadores de

## EPÍLOGO

Este viejo Bidasoa de 50 millones de años, rico en truchas, donde reina su afamado y ahora *rara avis*, el salmón, es lugar de leyendas, morada de diosas, de misteriosas desapariciones y sobre todo de aquellas pobladoras naturales, seres mitológicos de arrebatadora belleza, larga cabellera rubia y peine de oro, llamadas *lamias*. Río silencioso, cadencial, que a veces se rebela llevándose todo lo que encuentra a su paso, pero es sobre todo en el tema que nos ocupa, fuente de inspiración de una realidad plástica que le da mayor encanto si cabe a este lugar y sobre todo, se convierte en expresión espiritual y artística de este País del Bidasoa.

María Juncal Labandibar, evocaba en sus poesías sobre este paisaje, la quietud y el silencio, los cielos grises, la espesura de los árboles, el verdor de sus praderas y ese río Bidasoa, que viene a morir a la mar "como un lamento que se ha ahogado dentro del alma". Este canto elegíaco del río y de la naturaleza, ejerce un embrujo que ha creado este imaginario artístico tan bello y existencialista, magistralmente plasmado por nuestros pintores de la llamada Escuela del Bidasoa. 